

24 de junio de 1952

Sr. D. Felipe Ruiz Martin

PALENCIA

Mi querido amigo:

Abrí tu carta del 13 hace pocos días, al regresar de Madrid --un nuevo grado doctoral, el tercero en un año; esta vez de Pedro Voltes con un "Archiduque de Austria" de tomo y lomo. La contesto entre pruebas escritas y pruebas orales de este fastidioso examen de Estado que sufrimos por cobardía general. Y aun lo que sobrevendrá será peor, no lo dudes.

Pues bien. La lectura de tu carta ha sido una de las grandes alegrías que he recibido en los últimos tiempos, llenos para mí de amargas contrariedades --entre ellas, la repentina muerte de un familiar a quien amaba como a padre-- y de un pesado y desagradable trabajo: la restitución a la verdad histórica, sí puede haberla, de los primeros treinta años de la vida de Fernando el Católico. Hay mucho de nuevo en mi trabajo sobre lo acaecido en España entre 1454 y 1479; no sólo lo personal del Rey y todo lo relativo a los problemas de sus Estados patrimoniales, sino principalmente los asuntos castellanos durante el reinado de Enrique IV. En resumen, he tenido que escribir un verdadero cronicón, lo más alejado de los nuevos moldes historiográficos que vengo predicando, pero inevitable teniendo en cuenta la sanchez imperante en nuestra historiografía, remota y reciente.

Me doy cuenta de que me desvíe del camino inicial. Volvamos a lo tuyo. Repito que me has dado el alegrón del año. Después de mi carta de marzo, me enteré de tu estado de salud por unas líneas escritas por tu esposa a Editorial Teide. Sabía, pues, que pasabas una temporada de descanso, alejado de tus ocupaciones habituales. Sabía también que tu estado no inspiraba preocupaciones. Esperé saber de tí directamente, sin atosigar a nadie. Desde luego, me imaginaba que hasta pasado el verano no recibiría carta tuya. Este adelanto en el horario previsto, prueba lo fuerte de tu constitución y me demuestra que puedes alcanzar tu meta con plenitud de facultades. Pero, por Dios, no la vincules de nuevo al escalafón, sino a algo más grande: el servicio de la ciencia patria, cuya bandera levantamos hoy un escaso grupo de investigadores de buena fe, todos los cuales nos conocemos. Dadas las circunstancias politicoculturales en que se mueve este desdichado país, es más fácil prever que dentro de un lapso de tiempo más o menos breve serás llamado a ocupar uno de los lugares de responsabilidad en la formación universitaria de los futuros historiadores, que tener en la mano el décimo premiado de cualquier serie de la lotería.